

ACTIVIDAD UNIVERSITARIA

Día del Estudiante Caído

El 9 de febrero, con motivo de la conmemoración del día del Estudiante Caído, se celebró en la Iglesia de la Merced, un funeral por el eterno descanso del alma de todos los estudiantes que dieron su vida por Dios y por España. El acto fué presidido por el Excmo. y Magnífico Sr. Rector, acompañado por el Excmo. Señor Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, Ilmos. Sres. Decanos, Catedráticos y Profesores de la Universidad, Directores de los Institutos de Enseñanza Media y Jefes del Frente de Juventudes y del S. E. U. del Distrito Universitario. Después, por las citadas autoridades fueron depositadas coronas de laurel, ante la lápida que recuerda a los Caídos universitarios.

Visita del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional

En los días 17 a 21 de febrero visitó nuestra Universidad, el Excelentísimo Sr. Ministro de Educación Nacional, quien fué acompañado por las Autoridades Académicas durante su estancia en Murcia.

Jubileo del Año Santo

Después de unos Ejercicios Espirituales dirigidos por el Ilmo. Señor D. Arturo Roldán, Director de Formación Religiosa, en la tarde del día 17 de febrero se realizaron corporativamente las visitas Jubilares a los Templos designados para este fin.



Festividad de San Raimundo de Peñafort

La Facultad de Derecho celebró el 23 de febrero la festividad de su Patrón San Raimundo de Peñafort, con una Misa rezada en la Iglesia Universitaria de Nuestra Señora de la Merced, a la que asistieron, presididos por el Excmo. y Magnífico Sr. Rector y el Ilmo. Sr. Vice-Decano, el Profesorado y Alumnos de la Facultad, y en la cual ocupó la Sagrada Cátedra, el Ilmo. Sr. D. Arturo Roldán Prieto.

Visita del Ilmo. Sr. Director General de Enseñanza Univeritaria

El 24 de febrero fué recibido en la Universidad por el Claustro el Ilmo. Sr. Director General de Enseñanza Universitaria, D. Cayetano Alcázar Molina, quien recorrió las nuevas construcciones del recinto universitario.

Santo Tomás de Aquino

El 8 de marzo, festividad del Patrono de los Estudiantes, el Doctor Angélico, celebró la Universidad, en colaboración con la Jefatura del Frente de Juventudes del Distrito Universitario, los Actos siguientes:

En primer lugar se cantó una solemne Misa en el Santo Templo Catedralicio, ocupando la Sagrada Cátedra el muy Ilustre Sr. D. Victoriano Muñoz Esgueva, Profesor del Seminario Consiliar. Después, en el Teatro Romea, se celebró un acto literario musical, iniciado por un discurso del Ilmo. Sr. D. Arturo Roldán Prieto, interviniendo a continuación la Tuna Universitaria, Coros de la Sección Femenina del S. E. U. y la Masa Coral del Seminario Consiliar.

Todos los actos fueron presididos por el Excmo. y Rodmo. Sr. Obispo de la Diócesis y el Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, en representación del Excmo. y Magnífico Sr. Rector.

Conferencias

En la Cátedra Ramiro de Maeztu de la Universidad de Madrid y presentado por el Director del Seminario de Problemas Hispanoamericanos, señor Fraga, pronunció una conferencia sobre el tema «La desazón



del tiempo y del espacio en la conquista de América» el Catedrático de la Facultad de Derecho Dr. Tierno Galván.

El Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras Dr. Baquero Goyanes inauguró el 21 de febrero el curso de la Asociación Cultural Iberoamericana de Murcia, pronunciando una conferencia sobre la figura de Sor Juana Inés de la Cruz y su influencia en la literatura barroca hispanoamericana. Inició su disertación con una revisión del estilo barroco español y de las modificaciones que experimentó al trasladarse a las Antillas, en donde cobró mayor vitalidad y se hizo más prolijo y recargado.

Después estudió a Sor Juana Inés a la luz de este barroquismo espléndidamente desarrollado en México, junto con la biografía de la ilustre poetisa y religiosa de la orden jerónima. La describió, dotada de espléndidas facultades intelectuales, ya en su infancia. Finalmente, recorrió sus más interesantes composiciones poéticas, en las que se observan vestigios de gongorismos y conceptos, si bien siempre con perfecta claridad de exposición y comprensión dentro de un estilo escueto y exento de superfluidades; así, al tratar del amor, distingue entre el impetuoso o pasional y el racional o electivo, proclamando la supremacía del segundo, aunque en muchas de sus composiciones se observan expresiones que merman la sinceridad de la confesión anterior. Al analizar las manifestaciones en que aparece la dialéctica fácil dada al contrasentido y el contraste con recursos para defender tesis contradictorias, aprecia una reminiscencia del petrarquismo.

Terminó su disertación con una bella exposición sobre las lágrimas en Sor Juana Inés y con un estudio detenido del soneto «A un retrato» y de otras composiciones a la rosa, en las que expresa la brevedad de la vida y el desengaño a quien, superficialmente considera y supervalora la lozanía de la juventud, pensamiento que caracteriza al conjunto del barroquismo español, si bien surge a veces en dicho tema el espíritu optimista que aconseja a la juventud que disfrute de su tiempo, puesto que la vida es corta.

El orador fué presentado por el doctor Muñoz Alonso, secretario de la Asociación.

También el profesor Baquero Goyanes intervino en el ciclo de conferencias que, bajo el título de «Balance de la cultura moderna» se des-



arrolló en el Ateneo de Madrid. Trató del tema «Los problemas de la novela contemporánea», analizando el confucionismo existente en torno al propósito de definir la novela por la flexibilidad de su naturaleza, y el tono individualista de las novelas actuales, estudiando, finalmente, los aspectos más salientes de las obras autobiográficas.

* * *

Inaugurando el ciclo anual de Conferencias del Colegio Mayor Femenino Universitario, y bajo la presidencia del Excmo. y Magnífico Sr. Rector de la Universidad y otras autoridades académicas y eclesásticas, el 22 de febrero, desarrolló una profunda meditación sobre «La muerte es así», el Catedrático de la Facultad de Filosofía, Dr. D. Adolfo Muñoz Alonso.

El título de esta conferencia, que va a tener mucho de meditación —comenzó diciendo el Prof. Muñoz Alonso—, no tiene nada de efectista. Si de algo peca es de tímido, pues, en rigor, la enunciación encubre el tema y le superficializa. El título compasivo con el problema o con el misterio de la muerte debería haberse redactado con esta frase: «Tu muerte, mi muerte es así». Porque «la muerte» es un gentil piropo para privar a «tu muerte», a «mi muerte de su único sentido real y verdadero. «La muerte» es una palabra vana, una realidad ilusoria, un concepto insustancial. No existe la muerte en términos generales, sino en lo particular. Existe en lo que afecta a uno. La muerte, si no es tuya, si no es mía, es nada. Si no va zurciendo tu carne, mi carne, tu vida, mi vida, no es muerte. Y —es paradójico— cuando la muerte aparece en ti o en mí, el tú y el yo desaparecen.

Con la muerte se pueden hacer juegos de malabarismo. Con tu muerte tú, con mi muerte yo, apenas si puedes y puedo emitir un suspiro. Es verdad que «un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio»; pero el golpe en la tierra de mi ataúd es algo tremendo que no puedo sentir, de lo que no puedo hablar si no es falseándome, sobreviviéndome. Otros—muchos—han muerto, muéren, morirán y moriré yo. Pero ¿qué tengo que ver yo con su muerte? La radicalidad de la muerte es tan personal, tan intransferible, que lo de otros, por ser de ellos, es no mío. Hablar de la muerte carece de sentido. Mi muerte es lo que tiene sentido, porque la muerte, como objeto metafísico, es, por principio, inexperimentable.

La meditación de la muerte es tarea filosófica. Platón, en el Fedón, definía la filosofía con referencia a la muerte, asegurando que la filoso-



fía es una «meditación sobre la muerte». Y el existencialismo contemporáneo, aun al margen de literaturismos, está dominado por la preocupación filosófica de la muerte. Y es que tal vez sólo en la luz de la muerte, el hombre descubra lo que, en su raíz carnal, es, sin derecho ya a desmentirse.

Porque, además, sólo es el hombre quien puede morir. El animal perece, acaba, se desintegra, pero no muere; es ciego para la muerte. Las reacciones de abejas, termites, hormigas ante el hecho de la muerte, son comportamientos con ciertas «formas» sensibles. Zuckermann lo ha demostrado también con los animales superiores.

La muerte es algo humano y solamente humano. Es algo, también para Heidegger, que explica la autenticidad del hombre y la revela. Es, en cierto sentido, el hombre mismo, cuando se considera en primera persona. De todo lo que puede acontecer al hombre, sólo su muerte es lo suyo. La muerte del hombre concreto es un mágico poder, desde que nace, sobre su ser. La cuna tiene mucho de sepulcro entre sonrisas femeninas, en frases de Bossuet. Son dos instantes los del nacer y el morir en los que la desnudez es pureza de sí mismo. Bien pudo decir Heidegger que el hombre, al nacer, está maduro para morir, pues vivir es vivir nuestra muerte, ya que el hombre es un ser para ella. Y lo terrible no es la muerte, sino el morir de la vida. Profunda es la frase de San Agustín: «Istam dicam vitam mortalem aut mortem vitalem, nescio». Y aquí también vale la frase «quod est primum in intentione—mors— est ultimum in executione—mors—». Pero la muerte no es el fin sino el principio.

Hombres han existido en la historia que con la muerte se fueron cantando o riendo, sin sentir ni el peso ni el vuelo de su vida. Hombres de quienes hasta la muerte se avergüenza de poseer, porque se entregaron a ella, o en una dispersión biológica de acabamiento, o en un letargo de potencialidad fisiológica. En ellos, la vida fué inútil, porque no supieron ganar a la muerte su conquista. Pero también han existido hombres en la historia—pocos, muy pocos— que han sabido ganar a la muerte su sentido e incorporarlo a su vida, alcanzando todo el valor auténtico del martirio. Entre todos ellos, hay dos, de los cuales nos revela la historia que clarificaron la postura exacta, entablando sabio diálogo con la muerte; diálogo que más bien pudiera llamarse certamen trágico: Sócrates y Jesucristo. Mas a Sócrates y a Jesucristo les separa una diferencia radical.

A Sócrates no le preocupa la muerte de por vida. La muerte en Sócrates no es preocupación; sino ocupación, que le domina. La ironía de su vivir es un grito a sus conciudadanos para atraer hacia sí la gloria de la



muerte. Sus pasos, sus palabras, sus coloquios irritantes son un reto constante, a la muerte, a sabiendas de terminar vencido por ella. Sócrates tiente a la muerte y, aunque no crea en la inmortalidad, sí que busca el vivir de acuerdo con las Normas descubiertas con una intuición genial. Sócrates, en su discurso parece decir: lo que ha de venir, alumbrémoslo. La vida en él es un desarrollo de funciones políticas y personales agudizadas a la tentación de la muerte. No es el sueño en él imagen espantosa de la muerte: es su vida. Porque su vida es la que, cruel, turba el pecho de sus conciudadanos.

Pensemos ahora en Cristo. Su vida es un ganar a la muerte su sentido de tránsito para que aquella no se pierda. En Cristo, la muerte no es ocupación suya, sino de sus enemigos. La muerte le llega por obra y desgracia de ellos. Ellos son quienes conjuran a la muerte. El quiere de la muerte el contacto preciso para destruir su poderío. Por eso, sus enemigos, al querer aposentar la muerte en quien es, por definición, la Vida, son inexorablemente deicidas. Toda la vida de Jesucristo es un ganársela a los demás sobre la muerte. Y los demás al rechazar la Vida se abrazan con la muerte. El poder que Jesucristo ejerce sobre la muerte en el milagro de la resurrección de Lázaro exaspera a sus acusadores. La seguridad que han conocido ya en Jesús sobre la muerte les priva de la vida y de la luz. Y como apoteosis demoníaca para ellos, la resurrección por propia virtud de Jesucristo. La vida se ha coronado de eternidad en el rescoldo inextinguible de la muerte.

Mi muerte, tu muerte—porque la muerte siempre se encarna—atemoriza ante de llegar y revela el deseo de inmortalidad, manifestando la estructura psicológica del hombre como ser para la muerte y no para «su vida»; pero no impide que la Vida pueda llenar de sentido al hombre mortal por naturaleza. El hombre puede ser un ser para la muerte de su vida, pero no de su Vida. Esto es lo que parece que no ha visto Heidegger. El misterio maravilloso de Dios-personas llena de una fecundidad prodigiosa el destino del hombre cuando la muerte se ha encarnado en El, desencarnándole.

Por eso: ¿Dónde está, muerte, tu victoria?, al resucitar. No puede triunfar de la muerte el que no muere.

La muerte natural en este orden sobrenatural—que es el único real—no implica necesariamente una imperfección distinta de la que el ser racional, el ser creado, lleva consigo. La Santísima Virgen exigía, por decirlo así, la resurrección anticipada, por ser la única criatura que en su propio ser había concebido a la Vida.

La prefiguración de la vida en la inmortalidad ganada a la muerte después de pagado el tributo inexorable nos la da el amor. La muerte



es el amor, es la resurrección. Por eso el Apóstol exige morir por amor, en Cristo y con Cristo. Por eso el amor es lo único que pervivirá, porque es lo único que hace resucitar. El quitarse la vida, aunque sea por amor, es burlar al amor y a la muerte, y por lo tanto negarse para resucitar. Por eso el infernarse es un resucitar no para el amor, por no vivir en el amor, y es una como resurrección monstruosa, horrenda con pena de daño y de sentido. Lo único que permanece en el cielo es lo único que escapa a la muerte; en verdad que decir «te amo» es como guardar en el corazón de otra persona el triunfo sobre la muerte; es como preservar con la donación, el raptó de nuestra propia personalidad mortal.

Se puede morir, podemos morir, estar muertos, y seguir hablando y seguir callando en la tierra, y, gracias a Dios, seguir amando, sin que la muerte pueda nada contra nuestra oración de amor en el cielo.

El amor, la caridad, logra ya en la tierra que el ser nacido para la muerte, con tierra en sus ojos, alcance en su cuna la sorpresa de una segura inmortalidad ganada a la muerte. Y se pueda aplicar a la madre tierra, de donde nacemos, aquella idea entre melancólica y esperanzada que escribió a otro propósito el poeta francés: «Hélas! vous avez donc laissé la cage ouverte, / que votre oiseau s'est envol!».

Porque el polvo que es mortal es ceniza iluminada que le transverbera en cuerpo y en alma y le hace, ontológicamente también, un ser para la Vida.

* * *

El profesor D. Dictinio de Castillo Elejabeytia intervinó, el 23 de febrero, en el ciclo de recitales de poetas gallegos organizado por el Centro Gallego de Madrid. En su conferencia desarrolló el tema «Galicia a través de mis libros», recitando varias de sus poesías publicadas e inéditas.

También realizó una lectura de varias de sus poesías en el Aula Poética de la Cátedra «Ramiro de Maeztu», del Seminario de Problemas Hispanoamericanos de la Universidad de Madrid.

* * *

En la citada Cátedra «Ramiro de Maeztu» desarrolló una conferencia sobre el tema «La cultura argentina y su pensamiento en unidad y



finalidad» el Catedrático de Filosofía Dr. Muñoz Alonso. El conferenciante comenzó exponiendo como cuestión previa la que trata de configurar la cultura argentina y su pensamiento en unidad y finalidad, enumerando las figuras que defienden o niegan la originalidad de la cultura hispanoamericana:

Estima que el pensamiento actual de los argentinos ofrece para su conferencia tres ángulos de visión correctos: a) El pensamiento especulativo o filosófico; b) El pensamiento forjador o educador y c) El pensamiento creador o poético; declinando, por su extensión el estudio del pensamiento político. Defendió la originalidad argentina expresada, no sólo en la lengua, sino también en los fines que entendemos por hispanidad.

Terminó diciendo que no hay lirismo de espumas, sino gracia de verdades iluminadas en el poeta que creyó que Dios había fundado Argentina—con aliento español—para que hubiera menos hambre y menos frío, viniendo cantando su ancho río de una fuente dolorosa.

* * *

El 4 de marzo dió una conferencia sobre el tema «Esbozo de una filosofía moral y jurídica de la guerra» el Catedrático de la Facultad de Derecho Dr. D. Antonio Truyols Serra, en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Braga (Portugal).

